

Han pasado 40 años de que los movimientos estudiantiles y juveniles sacudieran al mundo más allá de lo que en ese momento se supuso. Entonces, la percepción general sobre los resultados de las conductas gubernamentales, que tuvieron su máxima expresión de vergüenza en el crimen del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas en México, nos parecía muy bien explicada en el pasaje de la matanza de la compañía bananera en *Cien años de soledad*: nadie iba a recordar lo allí ocurrido; nadie sabía el nombre de ningún muerto; nada iba a pasar; nada cambiaría.

Pero no fue así, y aquellas grandes fiestas de la irreverencia expresaron la posibilidad de una sociedad distinta en la que los jóvenes cabríamos, en la que sería posible un mundo más justo. El 68 fue entonces la revelación, la autorrevelación de que la recuperación de la música latinoamericana y la historia de sus héroes más populares, que el descubrimiento de los Beatles y el rock, que los adoquines volando sobre las calles de París —como recuerda Andre Glucksman—, que los jóvenes parándose en Praga frente a los tanques soviéticos, que los revolcones que nos dábamos en las azoteas y los jardines universitarios con nuestras parejas, nos colocaban en una condición de humanidad que un mundo rígido, autoritario y esclerótico nos prohibía.

Hice para una revista una especie de comparativo entre lo que más o menos queríamos en el 68 y lo que tenemos hoy. Resultó una historia triste. Básicamente, porque el Poder es capaz de asimilar cualquier cosa antes que disolverse. El gatopardismo es su mejor carta en la manga. El saldo es negativo, si analizamos parte por parte.

En el mundo hay mucha más pobreza hoy que hace 40 años; la desigualdad social y económica es muy superior; los ricos en serio son cada vez menos pero concentran incrementadas porciones de la renta, mientras hay más pauperidad en los países atrasados. Las prestaciones en materia de salud no existen para la inmensa mayoría de la humanidad y hasta en los países del primer mundo el sistema de atención médica y de pensiones es cada vez más estrecho.

Pueden ustedes reflexionar sobre cada uno de los rubros que elijan y encontrarán pocos en los que podamos levantar las banderas. Si me dicen que la democracia en el mundo ha avanzado, permítanme dudar. Vistas bien las cosas, ¿hay mucha diferencia entre el partido Demócrata y el Republicano en Estados Unidos? ¿Entre Zapatero y Rajoy? ¿Entre Sarkozy y Royal? ¿Entre Ricardo Lagos y Bachelet? Hay diferencias, sin duda, los habitantes de cada país aquí presente lo pueden constatar, pero no significa que se viva un derrotero diferente si se hubiese elegido al contrincante. Naciones que se han atrevido a virar el rumbo seriamente son atacadas sin misericordia por los aparatos de comunicación, por las agencias de inteligencia, por las acciones económicas hasta reducirlos o desaparecerlos.

En México, todos las fuerzas que detentan el poder se confabularon echando mano de los recursos que fuera necesario, lícitos e ilícitos, para impedir que una opción diferente llegara a la presidencia. Ha sido un escándalo por donde se le vea, y sin embargo, Rodríguez Zapatero fue el primero que levantó la mano a Felipe Calderón: antes que Bush, que las televi-

soras y que el Tribunal Electoral. No creo que López Obrador fuera a cambiar las cosas a fondo, pero los grandes capitales que se enriquecen desenfrenadamente en México no aceptan la más mínima mengua en sus incommensurables privilegios.

Una de las desgracias más reconocidas es que en las últimas décadas el entorno ambiental ha sufrido un deterioro que en algunos casos es irreversible. Los causantes de ello son los representantes de los mismos intereses que dominan el mundo y que tienen una sola religión, monoteísta por cierto, un único dios verdadero: la ganancia. Pronta de lograr y abundante, de eso se trata. Si es a costa de acabar con las selvas de Tabasco, Chiapas, Haití o el Amazonas, no importa. Si se incrementa la cantidad de emisiones de CO2 por el aumento del número de autos, qué más da. Si cementan las zonas naturales para hacer unidades habitacionales inhabitables, adelante. Todo se permite en nombre del beneficio y bajo el eufemismo de la modernidad y el progreso. Nos aturden con campañas para recoger la basura, y acusan a los campesinos de zafios, de necios por arrojar desechos a la calle y el campo. Pero nadie, en serio, se pone a detener la producción irracional de envases, reciclables o no, con los que las grandes empresas han multiplicado sus ventas e inundan el mundo; éstos son los intocables, la culpa la tenemos nosotros.

Los grandes cambios del 68 se dieron en la vida cotidiana. En las relaciones

amorosas, familiares, de trabajo. La rotatividad de las parejas creció, el disfrute y la diversificación del sexo aumentaron, al igual que la aceptación social de esos cambios. Las familias se han modificado mucho. En los países desarrollados se centrifugaron como efecto de la rápida incorporación de la mujer al trabajo asalariado y la vida política; en los subdesarrollados, sobre todo en los últimos años, por la necesidad de la emigración.

Tengo una vaga percepción de que uno de los grandes cambios se presentó en la actividad educativa. Muchos, muchísimos diría, de los participantes del 68 nos lanzamos a la aventura educativa, quizá porque las universidades y los centros de enseñanza fueron uno de los pocos espacios que nos dejaron luego de la revuelta, pero sobre todo porque supimos que en la educación está la clave del cambio que quisiéramos.

Recuperamos los anteriores propósitos de revolución educativa: Ferrer Guardia, Makarenko, Freinet, Freire y tantos otros. Hacíamos una mezcla de métodos y propuestas, pero sin duda pusimos siempre por delante la educación con y por el trabajo. Yo tuve la dicha de estar en uno de los experimentos más novedosos que se hizo en México: el Centro Activo Freire. Hoy, gracias a una de esas cosas positivas del avance tecnológico, podemos reestructurar muchos de los vínculos creados entonces. Hoy recupero a mis exalumnos y excompañeros y veo con alegría que

hay gente comprometida con una sociedad mejor, aunque sea sin precisar las características de ésta.

Aquella escuela dejó herencias interesantes, pero una de las mejores fue la experiencia alfabetizadora. A pesar de la desaparición del Freire en 1997, por coincidencia el año de la muerte de Paulo Freire, las campañas organizadas allá perduraron como se perpetúa la hierba entre las juntas de cemento.

Una vez pude conversar con un pensador intenso y generoso, el cantante valenciano-catalán Raimón. Él me dijo que vivíamos una época de falta de certezas. Creo que era el principio, hace 35 años, de la caída no del muro —lo cual esperábamos y celebramos— sino de la convicción de que era posible construir una sociedad alternativa mejor, con sus elementos centrales. Ésta es la gran tarea de las nuevas generaciones: inventar una alternativa como la que maduró a fines del siglo XIX y principios del XX. No la misma, porque ésa estuvo mal planteada, sino una mejor estructurada, mejor pensada, aceptada por la mayoría de la sociedad y de largo aliento. Hay atisbos de ella en el horizonte, pero falta su concreción.

En el artículo al que he hecho referencia, identifiqué una gran cosa como herencia del 68 mundial: la formación de una sociedad mucho más participativa, exigente y dispuesta al cambio. No tiene que ser la mayoría de los votantes, sino la mejor en calidad, la más nutrida entre las fibras sociales, la más clara en sus propósitos. Pero para ello nuestras nuevas generaciones y los que, a pesar de nuestro kilometraje, formamos parte de ellas, debemos entender bien lo que está pasando.

Para mí, todas las novedades en materia de comunicación, de tecnologías, de mundialización de los procesos económicos no son más que vestimentas de la misma señora: la que representa el proceso de apropiación de la riqueza generada. Detrás de todo está la propensión a la desigualdad social de quienes gobiernan el mundo en una carrera desenfrenada por ver quién es esta vez el más rico de todos, aunque tengan tanto dinero que podrían adquirir el planeta entre tres o cuatro de ellos.

Eduardo Subirats ha dicho que nos enfrentamos a un reto magnífico, que, según él mismo, no es imposible de superar. “Otro mundo es posible”, dice recuperando un planteamiento reciente.

Estos mundos posibles, los que deseamos, pueden llegar solos; hay quien así lo plantea, por efecto de la acción misma de las formaciones sociales en su mecánica intrínseca. Pero puede que tarden mucho en llegar. La convocatoria a este extraordinario encuentro del que me han hecho partícipe tiene otro propósito: el hacer que nuestra acción, nuestra voluntad convertida en construcciones cotidianas, contribuya al arribo más pronto de esta nueva utopía, la que estamos por configurar.

Entre las herencias positivas del 68 está una sociedad mejor y más participativa. El ofrecimiento, la concepción y la ejecución de ideas puede hacer que construyamos un mundo mejor. Las escuelas modernas, en su sentido mejor como término, aportan mucho en esta dirección, pero pueden aportar más. Ustedes pueden hacerlo, estoy seguro.

Fragmento de la ponencia leída por su autor durante el Reencuentro Internacional de Educadores Freinet, en Metepec, Puebla, el 1 de Agosto de 2008.



Estudiantes franceses en huelga, París, mayo de 1968